Editorial

En los años 80 del siglo pasado el tema de la democracia conoció un auge sin precedente en América latina, tanto en la actualidad sociopolítica como en las ciencias sociales. El hecho era inédito. En las décadas anteriores los regímenes autoritarios habían beneficiado del apoyo o por lo menos de la pasividad de sectores significativos de las sociedades nacionales.

El giro de los 80 se explicó primero por el contexto internacional: olas de democratización se sucedieron en el Sur de Europa, América Latina y Europa Oriental. Es así como en la región el proceso fue, en parte, el producto de la presión del discurso internacional de la democracia y, por tanto, de una imposición que buscaba, a la vez, la transformación del modelo latinoamericano de desarrollo.

Sin embargo, aspiraciones y factores internos contribuyeron también al despertar democrático. Las propias elites políticas y militares cambiaron de actitud, viendo en la democracia una manera más segura de defender sus intereses (Hagopian, 2005). Otros sectores sociales se posicionaron a favor del cambio democrático. Por cierto, no se tenía una concepción homogénea de la democracia. Se planteó un modelo muy restrictivo de democracia electoral y procedimental, al cual respondieron reivindicaciones de ampliación de la participación ciudadana y de defensa de los derechos de los grupos sociales más vulnerables. Pero, si bien proyectos políticos distintos y hasta antagónicos levantaron la bandera de la democracia, hubo un momento —por lo menos parcial— de encanto democrático. Por un lado, incluso considerando que no tenía vocación a resolver todos los problemas, la democracia

era considerada como un régimen político deseable *per sé*. Por otro lado, se proyectaban en ella promesas de desarrollo económico, de justicia social y de integración política que la convirtieron mágicamente en una solución milagrosa para todo.

Hoy existen evidencias de un cierto desencanto democrático en América Latina, el cual define primero una percepción, pero se explica también por la situación de las democracias de la región. Encuestas recientes de opinión han mostrado la ambivalencia de la percepción ciudadana de las democracias de la región (PNUD: 2004; Latino-barómetro: 2008; Barómetro Iberoamericano de Gobernabilidad: 2009). Sigue existiendo una amplia adhesión a la democracia que no deja de ser moderada por la relación ambigua de los encuestados con los valores y contenidos concretos de la democracia. Se expresa también una profunda insatisfacción ante el Estado y los resultados de las democracias actuales. Los problemas de inseguridad, desempleo y corrupción, así como la desigualdad social contribuyen a esa percepción, lo que pone en tela de juicio el diseño y la eficacia de las políticas públicas. A su vez, el nivel de confianza en los partidos políticos y en las instituciones es particularmente débil, por lo que se subraya a menudo los límites de una concepción estrictamente procedimental y electoral de la democracia.

El ideal democrático se había sustituido por los espejismos de un cambio sociopolítico inmediato que subestimaba los retos del pluralismo y de la construcción de instituciones democráticas; la propia falta de un cambio social y político más profundo generó las condiciones de democracias limitadas que no cumplen con las expectativas ciudadanas. En fin, las visiones restrictivas y las promesas incumplidas de democracias, a las cuales se pidió poco o todo, han desembocado en un escepticismo generalizado que llegó incluso a reavivar vocaciones neopopulistas, tanto de derecha como de izquierda. Pero estas regresiones suelen darse dentro de las apariencias legales de la democracia. Es así como demócratas liberales apoyan la democracia como forma de gobierno, a la vez que apoyan prácticas autoritarias o ilegales por parte de sus presidentes (Carrión, 2008; Carrión y Zárate, 2008).

El desencanto democrático invadió también el campo de las ciencias sociales. Varios autores postulan que las ciencias sociales han entrado en una tercera fase en el estudio de la democratización en la región (Roberts, 1998). La primera fase analizó fundamentalmente las transiciones de los regímenes autoritarios y el establecimiento de regímenes democráticos (O'Donnell, Schmitter y Whitehead, 1986; Malloy y Seligson, 1987; Diamond, Linz y Lipset, 1989). La segunda fase se preocupó por las cuestiones de la consolidación y la estabilidad democráticas (Mainwaring y Scully, 1995; Tulchin, 1995; Linz y Stepan, 1996). En contraste, la tercera fase, en la cual se inserta este dossier, explora de manera sistemática el carácter y la calidad de las prácticas democráticas en la región. Para la mayoría de los países latinoamericanos el problema ya no gira alrededor de la cuestión de la supervivencia de marcos democráticos, sino más bien en torno a si estos marcos se han transformado definitivamente en instrumentos eficaces para que sectores de la población ejerzan un control colectivo sobre las decisiones públicas que afectan su vida cotidiana. Este control colectivo es la esencia misma de una concepción democrática de la gobernanza que da a la democracia su rasgo distintivo y atractivo (Roberts: 1998). No obstante, la experiencia latinoamericana reciente ha mostrado una carencia o ausencia de estos modelos de gobernanza democrática basados en una democracia profunda y extensa (Garretón, 2006; Castañeda, 1993).

Los artículos de este dossier especial dedicado a las dinámicas democráticas en América Latina buscarán profundizar en el análisis del estado de la democracia, desde una perspectiva comparada, en países como México, Brasil, Argentina, Uruguay, Colombia y Venezuela. Para ello han tomado en cuenta las divergencias entre los procesos históricos, por ejemplo, en torno a la construcción de los Estados nacionales, así como las similitudes de los problemas en el contexto regional y doméstico particular. Cada uno con su enfoque propio, los artículos considerarán la importancia de los enormes contrastes geográficos e históricos, la pertinencia del diseño institucional y electoral de los regímenes políticos, la competitividad de los sistemas políticos, el impacto de la descentralización, la representatividad real de los partidos políticos, la eficiencia de los canales de participación ciudadana y con ello

la calidad de la gobernanza democrática, la mutación de las prácticas y de la cultura política, la capacidad de los gobiernos democráticos de satisfacer las demandas ciudadana, la misma consolidación de los Estados nacionales y la fortaleza del Estado de derecho, el problema de la exclusión y la desigualdad social; así como la reducción de los niveles de violencia.

Por último, es de subrayar que decidimos cambiar el tema originalmente aprobado para este número sobre al análisis cruzado de los grupos paramilitares en América Latina y el mundo, a favor de un dossier especial sobre las dinámicas democráticas latinoamericanas, en homenaje a Guillermo O'Donnell, gran politólogo argentino, a quien los editores científicos dedican este volumen.

Les deseamos una lectura muy placentera.

Los editores